

inmediatamente el pueblo y se limitaron á tirotear por el espacio de una legua á los soldados, mujeres y niños que se retiraban y que llegaron el mismo día á Hocabá (5).

Dirijamos ahora nuestras miradas hácia el oriente de la península, donde los bárbaros habían concentrado la mayor parte de sus elementos con el deseo de apoderarse de la rica y populosa ciudad de Valladolid.

(5) Carta citada.—Baqueiro, Ensayo histórico.



CAPITULO VI.

1847-1848.

Operaciones militares en el oriente de la península.—Ataque, defensa y abandono de Chemax.—Comienzan los indios á destruir los alrededores de Valladolid.—Acciones de guerra en Tikuch y Kuichechén.—Ocupacion de Pixoy, de Uayma y de Ebtun.—Los indios embisten por primera vez á Valladolid el 18 de enero de 1848.—Sitian en seguida la ciudad.—Encuentros entre sitiados y sitiadores.—Hacen los últimos proposiciones de paz.—Durante el armisticio atacan y destruyen á Chancenote.—Notable accion de Chichimilá.—Desgraciadas expediciones á Pitnup, en que son derrotados los blancos.—Lazo que tienden los indios á varios jefes y oficiales y que les cuesta la vida.—Se resuelve la desocupacion de Valladolid.—Los bárbaros impiden que se verifique con orden.—Horrible matanza.—Son desocupadas las demás poblaciones del oriente y una gran parte de sus habitantes emigra á la capital.

Recordarán nuestros lectores que por la necesidad en que se vió el gobierno de combatir el pronunciamiento de Cetina, quedó en gran parte desguarnecido el partido de Valladolid, y que los indios aprovechándose de esta circunstancia habían acometido al pueblo de Tixcacal-

pul y asesinado á casi todos sus habitantes. En peor situacion quedó todavía aquella region importante de la península, cuando D. Eulogio Rosado se desprendió de allí con ochocientos hombres para bajar á Mérida, y los sublevados se aumentaron desde entónces tan considerablemente, que pronto se hallaron en aptitud de emprender operaciones de cierta importancia.

El 4 de diciembre de 1847 acometieron al pueblo de Chemax, que se hallaba guarnecido por una compañía de seguridad pública, puesta á las órdenes del capitán D. Francisco Dominguez. Pero esta fuerza se defendió con valor y decision por el término de algunas horas, y los invasores se vieron al fin en la necesidad de huir, refugiándose en los bosques vecinos (1). Poco tiempo despues lograron sin embargo rehacerse y volvieron á atacar el mismo pueblo con la séria intencion de reducirle por medio de un sitio formal, porque levantaron sus parapetos á corta distancia de la plaza. El capitán Dominguez pudo comunicar á Valladolid el aprieto en que se hallaba; y entónces el coronel D. Agustin Leon, que había sucedido á D. Eulogio Rosado en la comandancia principal del Oriente, sacó de aquella ciudad unos ciento cincuenta hombres que puso á las órdenes del primer ayudante D. Fermin Irabien. Esta fuerza tuvo necesidad de empeñar un rudo combate para entrar en Chemax, y no consiguió su objeto sin haber experimentado pérdidas considerables. El auxilio no pudo llegar á un tiempo mas oportuno, porque el capitán Dominguez estaba ya reducido á la azotea de la iglesia, y tenía algunos soldados apostados en la embocadura del caracol, que con el fusil inclinado, se ocupaban de cazar á los indios que osaban trepar por aquella subida peligrosa. Pronto cesaron, sin embargo sus angustias,

(1) *La Union*, periódico oficial, número 3.

porque el socorro que recibió la plaza obligó al fin á los sitiadores á emprender su retirada.

A pesar de estos dos fracasos, los indios no desistieron de su intento de aislar á Valladolid, destruyendo las haciendas y pequeñas poblaciones del partido. Los pueblos de Xcan y Nabalám fueron incendiados, y en el rancho Cehac; asesinaron al propietario y se llevaron á las mujeres jóvenes (2). Tambien fué ocupada la hacienda Chulutan, situada á corta distancia de Valladolid, y queriendo recobrarla D. Agustin Leon, hizo salir de aquella ciudad una fuerza á las órdenes del teniente coronel D. José D. Baledon, y otra de Chemax, que fué puesta al mando del ayudante Irabien. La primera fué completamente derrotada al llegar á su destino, y la segunda solo encontró en Chulutan y sus alrededores los cadáveres que habían quedado insepultos en el campo de batalla.

No fué ésta la única desgracia que experimentaron por aquella época las tropas del gobierno, porque pronto se hizo necesario desocupar á Chemax, replegándose su guarnicion á Valladolid. Esta medida dictada acaso por la necesidad de conservar reunidas las tropas que defendían la causa de la civilizacion, alentó grandemente á los indios, y el 29 de diciembre se apoderaron del pueblo de Tikuch, distante solamente dos leguas de aquella ciudad. D. Agustin Leon hizo salir inmediatamente una seccion de 300 hombres que puso á las órdenes del teniente coronel D. Vito Pacheco, y ante cuya vista emprendieron la fuga los sublevados.

Pero al rayar la aurora del dia siguiente, unos gritos y vocería espantosa mezclados con el tañido de los mitotes y otros instrumentos salvajes que se dejaban oír por todas direcciones, hicieron comprender á Pacheco que los

(2) Periódico citado, número 5.

indios volvían á la carga con intencion de sitiarse en Tikuch. Los agrésos no tardaron en dejarse sentir, apareciéndose por los diversos caminos que conducen al pueblo, y en los cuales comenzaron desde luego á levantar trincheras. Pacheco organizó inmediatamente tres secciones que puso á las órdenes de los capitanes Molas, Troncoso y Arjona, y con ellas intentó desalojar á los indios de las posesiones que habían ocupado. Vano fué sin embargo el empeño, porque éstos resistieron con tenacidad al ataque, á pesar de las pérdidas que les ocasionaba el nutrido fuego de las secciones. A las doce del dia Pacheco se vió en la necesidad de tomar una resolucion extrema, porque su fuerza estaba ya agobiada de hambre y de fatiga, y porque solo le quedaba el parque necesario para abrirse paso entre los sitiadores. Dió orden de retirarse hácia Valladolid por el camino principal, cuyo movimiento comenzó á practicarse desde aquella hora, aunque con grandes dificultades, porque los indios habían obstruido la vía con troncos de árboles, ramas y espinas, y siguieron hostilizando á la fuerza por todas direcciones, aprovechándose de la espesura del bosque para tirar á mansalva.

D. Agustin Leon, sospechando lo que pasaba por el fuego que se dejaba oír hasta Valladolid, hizo salir de aquella plaza á las siete de la mañana, una seccion de 100 hombres con dos piezas de montaña, que puso á las órdenes del primer ayudante D. Tomás Fajardo. Esta fuerza se detuvo á una legua de distancia, frente á la hacienda Kuichechén, porque los indios que se hallaban posesionados de ella y los que estaban esparcidos en las emboscadas, la obligaron á empeñar un rudo combate, en el cual quedaron inutilizadas las dos piezas de montaña. Fajardo las hizo regresar inmediatamente á Valladolid, de cuya ciudad salieron inmediatamente otros 100 hombres con

una nueva pieza de artillería con direccion á Kuichechén. Con este refuerzo se logró al fin desalojar á los indios de la hacienda, aunque en vez de dispersarse como en una derrota, se retiraron á un punto que estaba fuera del alcance de los tiros enemigos. Acababa de obtenerse esta victoria, cuando se presentó el mismo D. Agustin Leon, quien había salido de Valladolid con el deseo de ponerse al frente de sus tropas y dar una fuerte carga á los indios. Hácia las tres de la tarde se presentó tambien la fuerza que había desocupado á Tikuch, conduciendo á sus muertos y heridos, y como con ésta se completaron á unos quinientos los hombres reunidos en Kuichechén, el coronel Leon dió las órdenes necesarias para atacar á los indios que permanecían á las inmediaciones. Pero hubo de desistir de este pensamiento, porque hasta aquella hora la fuerza no había tomado su primer rancho, y se retiró entonces á Valladolid, sin que los bárbaros osaran molestarle en su tránsito (3).

Seis dias despues de estos sucesos, es decir el 5 de enero de 1848, los indios atacaron de improviso el pueblo de Pixoy, situado á una legua de Valladolid, en el camino que conduce á Mérida. El destacamento de 80 hombres que lo guarnecía se defendió por dos ó tres horas; pero no pudiendo sobreponerse á la turba de sus agresores, se replegó á Valladolid hácia las diez de la mañana. D. Agustin Leon se puso inmediatamente á la cabeza de una seccion de 200 hombres y se dirigió al pueblo abandonado, cuya recuperacion le era muy necesaria para mantener sus relaciones con la capital. Encontró á Pixoy desamparado y destruido en parte, y despues de dejar allí la mitad de su fuerza al mando del primer ayudante D. José M. Vergara, dió la vuelta á Valladolid.—El pueblo de

(3) Nota oficial de D. Agustin Leon, publicada en el número 12 del periódico oficial.

Uayma, situado una legua mas adelante en el mismo camino de Mérida, tambien fué amagado por los indios; pero se retiraron á la presencia de una corta fuerza que salió á batirlos.

Firmes los bárbaros en su propósito de aislar á Valladolid, no tardaron en ocupar el pueblo de Ebtun, á donde fué á batirlos en la mañana del 7 el coronel D. Victoriano Rivero con una fuerza de 200 hombres. Empeñóse el combate á las once del dia, y fué tal la resistencia que opusieron los bárbaros, que nuestras tropas habrían sido derrotadas, si un piquete puesto á las órdenes de D. Liborio Cervantes no hubiese logrado introducirse á la plaza por el costado derecho. El enemigo se dispersó entónces, y la fuerza expedicionaria volvió al campamento principal, cargada de botín (4).

A la ocupacion de Ebtun se siguieron bien pronto las del rancho San Lorenzo y el pueblo de Uayma. De uno y otro fueron tambien arrojados los indios; pero despues de haber conseguido su objeto principal, que consistía en el robo, el asesinato y el incendio. La fuerza que recobró á Uayma, avanzó hasta Tinum, con el objeto de proteger la entrada de un convoy de víveres que venía de Mérida, custodiado por doscientos hombres.

Bien necesitaba la ciudad de Valladolid de este socorro, porque destruidos ya todos sus alrededores, los indios la embistieron por primera vez en la mañana del 18 de enero, presentándose en grandes chusmas por el camino de Chichimilá. Miéntas las mujeres y los niños corrían llenos de pavor á los templos y miéntas los tambores de guerra y las campanas tocaban á rebato, el coronel Leon organizó una columna de doscientos hombres, que puesta bajo las órdenes de D. Victoriano Rivero y D.

(4) Notas de D. Agustín Leon, publicadas en el número 13 del periódico ya citado.

Angel Rosado, salió á contener á los agresores. Este movimiento se practicó con tanto arrojo, que los indios perdieren sucesivamente once trincheras que habían levantado en el camino y retrocedieron en desórden hasta Chichimilá. Los vencedores trataron entónces de volver á Valladolid, pero habiendo advertido que se les había cortado la retirada, se vieron obligados á empeñar un nuevo combate, que hubo de terminar en las calles mismas de la ciudad.

Al dia siguiente volvieron á presentarse los indios, atacando la poblacion por siete puntos diferentes, lo cual impidió que se les rechazara. Entónces comenzaron á levantar trincheras en donde lo creyeron mas conveniente, y acabaron por sitiar la ciudad, dejando libres solamente los caminos de Calotmul, Espita y Pixoy, como si hubiesen querido invitar á los blancos á emprender su retirada hácia la costa ó la capital del Estado. Pero en vez de aceptar esta invitacion, el jefe de la plaza se propuso defenderla á todo trance, haciendo un vivo fuego de fusilería y artillería sobre los sitiadores. Estos en vez de cejar en su empeño, llegaron á adelantar sus atrinchamientos hasta á una cuadra de la línea de defensa, introduciéndose por los solares y casas abandonadas por sus moradores. Pero en la mañana del 22 las fuerzas de la plaza salieron súbitamente de sus fortificaciones y atacaron con tan buen éxito á los bárbaros, que en ménos de tres horas los desalojaron de todas sus posiciones y los arrojaron á los afueras de la ciudad (5).

Esta victoria no trajo sin embargo ventaja ninguna para la plaza, porque persuadidos los indios de que no podían ocuparla por la fuerza, se propusieron cercarla de manera que quedase incomunicada con el resto del Esta-

(5) Números 16 y 17 del periódico oficial.

do. Con este objeto se posesionaron sucesivamente de varias haciendas y de los pueblos de Pixoy y Popolá, asesinando en este último al cacique que era indio, por algunos servicios que había prestado á los blancos. Este sitio pudo ser forzado sin embargo dos veces: una para introducir un convoy de víveres que remitía el jefe político de Izamal, y otra para dar entrada á una fuerza de ciento quince hombres que había salido de Mérida á las órdenes de D. Miguel Bolio y que tuvo necesidad de sostener un fuerte combate desde Pixoy hasta el punto de su destino.

Desde este momento los indios entraron en cierta calma, y se limitaron á defenderse en sus lejanas posiciones cuando salía á batirlos alguna fuerza de la plaza. Atribuyóse esta inacción al nuevo sesgo que Jacinto Pat intentó dar en aquella época á la insurrección indígena, en virtud de las relaciones que había entablado con los partidarios de Barbachano. No era inverosímil esta suposición, porque á fines de enero convocó aquel caudillo á los principales jefes de su raza, para una conferencia que debía tener lugar en su cuartel general de Tihosuco. Un suceso que acaeció el 13 de febrero en la ciudad sitiada, vino á dar mayor consistencia á este rumor.

Varios indios desarmados se presentaron frente á una trinchera, y habiendo hecho señal de parlamento, salieron á conferenciar con ellos D. Miguel Bolio y el vicario Sierra. Entónces manifestaron que depondrían las armas, si entre otras concesiones de interés secundario, se les otorgaban las siguientes: 1.^a Reduccion de la contribucion personal á doce reales anuales: 2.^a Devolucion de las armas que se les habían quitado: 3.^a Reduccion de los derechos de estola á diez reales el casamiento y tres el bautismo; y 4.^a que D. Miguel Barbachano se presentase en persona á oír sus quejas y garantizarles las gracias que les

concedieran. Habiéndoseles exigido que presentasen sus proposiciones por escrito, manifestaron que lo harían así dos dias despues, y entretanto se convino en suspender por entónces las hostilidades (6).

Pero llegó el dia 15, y los indios no solamente faltaron á su promesa de hacer por escrito sus proposiciones, sino que el 14 atacaron y destruyeron el pueblo de Chancénote, á pesar de que fué defendido heroicamente por sus moradores (7). Presentáronse no obstante al coronel Leon, prometiéndole que el 16 vendrían á hablar con él, Bonifacio Novelo y Bernardino Chan. Tampoco cumplieron esta nueva promesa bajo el pretexto de que aquellos caudillos habían sido llamados á Tihosuco por Jacinto Pat. Todavía pretendieron adormecer con otras conferencias á la plaza; pero como entretanto habían levantado una trinchera en el barrio de San Juan, sobre una colina que hay en el camino de Chichimilá, el Sr. Leon dispuso que fuese á destruirla el coronel Rivero, á cuyas órdenes puso una columna de 150 hombres y una pieza de montaña. Trabajóse inmediatamente un rudo combate, que duró media hora, al cabo de la cual huyeron los indios de las posicio-

(6) Número 23 de la *Union*.

(7) Chancénote había llegado á excitar el furor de los indios, porque el carácter indomable de sus habitantes les había hecho experimentar no pocas pérdidas en varios encuentros y expediciones. Sedientos de venganza, se reunieron en número de mil ó de mil quinientos, y en la mañana del 12 de febrero se descolgaron súbitamente sobre aquel pueblo, que solo se hallaba guardado por sesenta de sus hijos. Estos se defendieron con heroicidad hasta las doce del dia siguiente, en que la pérdida de diez y ocho hombres que habían experimentado, los obligó á tomar una resolucion extrema. Una gran parte de las familias fué confiada á una seccion de 25 hombres que las sacaron de la plaza, abriéndose paso entre los sitiadores á punta de bayoneta. Entónces éstos se arrojaron sobre los diez y siete restantes y lograron penetrar hasta el interior de la iglesia, en donde despues de haber asesinado á varias mujeres y niños, prendieron fuego á las imágenes, á los altares y á cuanto encontraron allí. Los soldados que se habían refugiado á la azotea, se resolvieron en este momento á bajar para no ser presa de las llamas, y no solamente lo consiguieron trabando un combate desigual con los agresores, sino que tambien lograron salir de la poblacion, sacando con ellos á sus heridos y al resto de las familias.

nes que habían tomado durante el armisticio, y se refugiaron á la hacienda Yaxché, distante una milla de Valladolid. Una parte de la fuerza regresó entonces á Valladolid; pero la otra entusiasmada por el teniente D. Joaquin Mézquita y otros oficiales, concibió el proyecto de llevar mas adelante su victoria. Con este objeto emprendió el camino de Chichimilá, y auxiliada por otra fuerza que salió de la ciudad, ámbas tomaron sucesivamente á los indios treinta y seis trincheras hasta que llegaron al indicado pueblo, donde quemaron las pocas casas que había respetado el enemigo. En la tarde del mismo dia volvieron á su campamento principal, conduciendo un rico botin (8).

El coronel Rivero que había sido uno de los héroes de esta jornada, quiso ceñir un nuevo laurel á su frente, y pocos dias despues salió con 300 hombres para el pueblo de Gitnup, donde se creía que tenían su cuartel general los sublevados. Encontró el camino obstruido con trincheras y defendido con gran número de emboscadas; pero supo triunfar con su valor y aplomo de todos estos obstáculos, y al fin llegó hasta la plaza misma del pueblo, el cual había sido ya abandonado por el enemigo. Solo encontró en la sacristía al cura Villamil, que un mes ántes había sido hecho prisionero en Uayma, y el cual había perdido á la sazón el juicio. Rivero mandó preparar en el acto una camilla para conducir á Valladolid al anciano sacerdote; pero durante estos preparativos, los indios se presentaron súbitamente y cercaron la poblacion, arrojando gritos de amenaza. La fuerza expedicionaria se defendió con heroismo; pero temiendo que la noche le sorprendiese en Gitnup ó en el tránsito, hizo un esfuerzo para romper el sitio y dirigirse á su campamento. Consiguió en parte su objeto, saliendo en buen orden al camino; pero entonces

(8) Nota oficial del coronel Leon, publicada en el número 25 del periódico tantas veces citado.

se vió asediada de tal manera por las emboscadas y por las nubes de indios que la perseguían, que al fin perdió su serenidad, comenzando la dispersion por la retaguardia. Entonces cada jefe ó soldado procuró tomar aisladamente ó en pequeños grupos la direccion de Valladolid, y á la caída de la tarde comenzaron á entrar los primeros, rendidos de hambre y de fatiga. Muchos no tuvieron, sin embargo, esta dicha, porque quedaron en el tránsito, anegados en su propia sangre.

La honda impresion que este desastre produjo en la ciudad, hizo nacer el deseo de vengarlo al dia siguiente. Desgraciadamente, como no se había disipado aun la confianza que infundió en nuestras tropas el triunfo de Chichimilá, no se tomaron las precauciones necesarias para ponerse al abrigo de una nueva derrota. Se creyó que una columna de 300 hombres sería suficiente para batir el cuartel general de los sublevados, y el comandante D. Miguel Bolio que fué el autor del proyecto, se puso al frente de ellos y emprendió su marcha para Gitnup, llevando consigo á los oficiales que mas se habían acreditado en la campaña. La fuerza expedicionaria recibió una impresion desagradable en el camino, con el espectáculo de los cadáveres que desde el dia anterior habían quedado diseminados en el campo, y entre los cuales se hallaba el del cura Villamil, colgado de un árbol. Los indios se presentaron á disputar el paso, aunque con tan poco empeño, que la expedicion llegó á Gitnup y se apoderó de la plaza, sin haber experimentado pérdida ninguna.

D. Miguel Bolio que ya conocía bien á los bárbaros, no se dejó engañar con esta aparente negligencia, y se ocupaba ya de hacer levantar algunas trincheras, cuando masas numerosas de indios invadieron la poblacion, obstruyendo todas las salidas. Aquel jefe se vió en la necesidad de reducirse al atrio, al cual mandó que se replegasen